

IMAGEN: PxHere

Devenir adolescente: el cuerpo como escenario

Susana Kuras Mauer

“Nadie sabe lo que puede un cuerpo”

(Baruj Spinoza)

Ya no se trata solamente de lidiar con cambios vertiginosos de paradigmas sino también con el desafío de pensar los procesos de subjetivación en tiempos de transformación continua. Por su parte, la variabilidad propia de la adolescencia que excede los cauces de lo previsible, dibuja sinuosidades en la cartografía adolescente muchas veces ilegibles.

Una tensión insoslayable entre nuestra apertura para pensar en términos de complejidad, de multiplicidad y de devenir convive con la búsqueda de un orden regulador que preserve del caos.

Fuimos dejando atrás las lecturas identitarias, deterministas y binarias y pudimos, gracias a los aportes de la epistemología de la complejidad, animarnos a descentrar nuestro modo de pensar el devenir adolescente. Deconstruir aquellos andamiajes que sostuvieron nuestro que hacer clínico tan atento al mundo de las representaciones y los fundamentos nos resulta, aun hoy, trabajoso.

El concepto deleuziano de *rizoma*, que supone tanto heterogeneidad como multiplicidad y conexión, ofrece la posibilidad de situarnos mejor frente a los avatares del despliegue adolescente.

Las formas de producción de subjetividad tienen que ver con la época y son congruentes con los dispositivos de poder vigentes. Al respecto coincido con M. L. Mendéz (2014) quien plantea que la subjetividad se produce, se modela, se recibe y se consume. Existen políticas de subjetivación porque la subjetividad no puede ser reducida a lo individual, su producción es siempre social y colectiva.

Ciertamente, la época retrata la adolescencia, la normatiza, la define, la padece. Pero, curiosamente, aun nos resistimos a pensar los procesos de subjetivación adolescente en su devenir y en su co-devenir con los demás seres vivos. Secretamente seguimos disociando en pares binarios que mantienen distancia entre el individuo y la sociedad, la naturaleza y la cultura, la permanencia y el cambio, y quizás allí quedamos atrapados en una encrucijada que no nos deja avanzar. En tiempos de fluidez, de obsolescencia, de transformación resulta imprescindible profundizar en la complejidad de los modos de subjetivarse que presentan los adolescentes.

Gilbert Simondon, filósofo francés contemporáneo de G. Deleuze y J. Derrida, ofrece una perspectiva interesante en esta dirección. Sostiene que nos individuamos siempre en situación y en relación con otros. La vida psíquica para Simondon no puede resolverse de manera intraindividual. Los procesos de individuación, que es siempre colectiva – dirá Simondon – se construyen en la inmanencia del encuentro con el otro, es decir, son vinculares. El ser es de entrada “potencia de mutación”, contiene energía potencial, tiene siempre reserva para seguir deviniendo, enfatizando pues la potencia y el exceso, no la falta. Nunca nos terminamos de individuar.

Esta mirada simondoniana aporta en el intento de comprender la multiplicidad de fenómenos clínicos con los que los adolescentes expresan su vulnerabilidad, sus desencuentros con ellos mismos, con sus padres, con sus búsquedas.

Usando su cuerpo como pizarra de la subjetividad, dibujado, marcado, manipulado y ofrecido como imagen virtual, los adolescentes buscan reivindicar una libertad desprejuiciada y atrevida, sin condicionamientos que la restrinjan.

Me propongo hacer algunas reflexiones surgidas de la práctica clínica psicoanalítica focalizando cómo se vehiculiza el contacto con los cuerpos y cómo viven la sexualidad entre adolescentes. ¿Cómo se vinculan? ¿Cómo se exponen? ¿Cómo se sintomatizan?

Los espejos de hoy son sobre todo las representaciones que circulan por las redes sociales. Conquistar visibilidad exhibiendo para ser sostenido por la mirada del otro, es actualmente condición de existencia. Es decir que la comunicación virtual ha construido un lenguaje nuevo que poco tiene en común con los canales clásicos de opinión. Su alcance masivo, la fluidez, la instantaneidad, han diluido fronteras y transformado la interacción entre los humanos. Los lazos sociales variaron sensiblemente a partir de la explosión de la comunicación digital. El anonimato propio del intercambio en las redes facilita la desinhibición.

Las prácticas eróticas acentuaron el protagonismo de la sexualidad virtual. La sensualidad y la excitación vehiculizadas en la virtualidad auspician y exacerbaban el autoerotismo propio de los comienzos de la vida. El contacto y la satisfacción allí son con el propio cuerpo.

Cuerpos producidos, manipulados, exhibidos buscando reconocimiento son algunos de los imperativos predominantes desde la pubertad. Este no es un padecer privativo de la adolescencia, sin embargo, lo que resaltamos es el desamparo al que expone una cultura adolescentizada como conjunto.

Escenarios clínicos

Julia, 13 años, “Me haría bullying a mí misma”, “No me soporto, me veo gorda, fea, no quiero comida en mi vida”, “Ayer ya vomitaba sangre, mis padres me retienen una hora sin ir al baño para controlar el vómito, entonces al pasar más tiempo cuesta más, lastima, sangra”, “Sólo a la madrugada cuando estoy vacía me siento un poco bien”, “Por cada caloría, un abdominal, es la única manera de mantener el control”, “Ni mi propia saliva tolero tragar, el agua me hincha”. El cuerpo es por entonces, – quizás más que en otros momentos vitales – un indiscutible e impiadoso teatro de verdad. “Busco en las redes, ya no sé lo que busco. Me rayo la piel, ni lo ven. No ven nada, mis padres no ven nada”.

Un padecimiento que en la familia de Julia no es inédito, como si se tratara del ADN de su entorno más cercano. El lugar de culto que tenían los alimentos, la nutrición y los hábitos alimentarios en esta familia, desbordaba los cauces de lo imaginable.

Julia vivía esclavizada por un estado de insatisfacción permanente que le quitaba las ganas de vivir. Frente al espejo distorsionaba cada día más su autoimagen corporal, vulnerándola más de lo que ella misma resistía. La búsqueda de controlar el estallido puberal contrarrestando con abdominales, vómitos y un recuento sin pausa de calorías ingeridas estresa y excede los recursos de la familia para contener tanto desborde. Allí deciden consultar.

Escenario II

Noel, de 17 años comenta en una de sus primeras entrevistas: “Lo único que nunca me voy a tatuar son nombres, te atan, te quitan libertad, te alienan”. “Salvo las iniciales de mis hermanos en la Cruz del Sur, eso a morir...”, “Cada vez me seduce más elegir mis tatuajes. ¿Te muestro?, ¡este lo dibujé yo!”.

La piel como superficie despejada es adoptada como pizarra ideal para alojar marcas significativas que los singularizan. Cabe una distinción entre los tatuajes y las autolesiones cutáneas a las que se refería el relato de la viñeta anterior.

En el tatuaje, tiene cierta pregnancia el contenido de la inscripción indeleble e irreversible, mientras que, en las lesiones en la piel, a las que aquí nos referimos, la acción de cortarse es más relevante que la huella que deja. Sin letra y de efímera duración, el rayarse lastima la piel generando un goce autoerótico masoquista. Al ser uno mismo quien ejecuta el corte, coinciden en un único acto sujeto y objeto, actividad y pasividad, aspectos sádicos y masoquistas (Mauer; May, 2015, p. 5).

Con cabellos coloridos, *piercings* y una jerga lingüística singular, Noel marca tanto su pertenencia al grupo social con el que atraviesa la turbulencia adolescente, como la necesidad de confrontar y mantener distancia de sus padres.

Escenario III

Pía, 14 años, busca con una ansiedad anárquica encontrar, a partir de un rasgo físico, a su madre biológica. Pía no logra apaciguar el malestar que le produce no poder responder el interrogante que la acosa desde muy pequeña. Por qué quien la engendró y le dio vida en su vientre, decidió soltarla, darla en adopción. Un esclarecimiento sensato y transparente no amainó su impotencia desesperada. Inundada de culpa por el amor y el cuidado que recibe de sus padres, amordaza su empecinada búsqueda. Anegada en tal desasosiego, Pía vive atrapada.

Imagen I



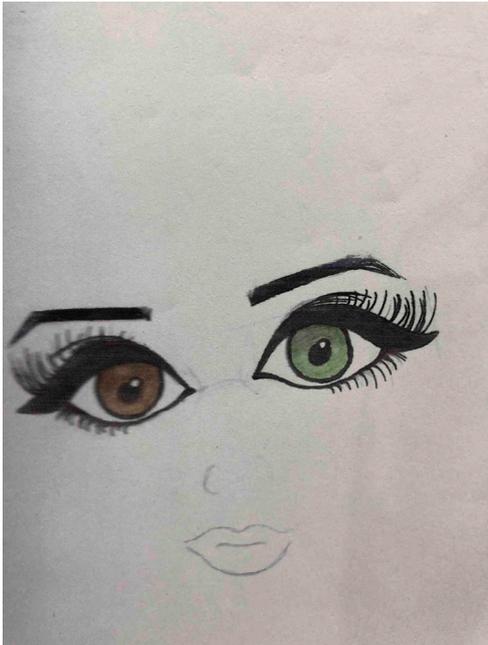
Su adolescencia recrudecíó esta encrucijada vital. En la necesidad de construirse un pasado, para ir hacia adelante – como decía Aulagnier – Pía calla la pregunta que reaparece en la necesidad de cortarse. Quizás escenifica en la piel cortada su vivencia de imposibilidad de sutura.

Algunas de las representaciones gráficas que plasma en el papel expresan con elocuencia su padecer. Insisten en las sesiones dibujos de ojos perdidos, ensangrentados, ojos sueltos, solos.

Imagen II



Imagen III



Hay una marca física muy llamativa en sus ojos que, en su fantasía, es la clave del posible re-encuentro con la mirada de aquella mujer que la dio en adopción.

Sueños recurrentes donde Pía aparece multiplicada en una representación gemelar evidenciaron una transacción secreta en la que podía encontrar paz: duplicarse a ella misma. Dos colores de ojos, ¿dos miradas?, ¿dos madres?

Sus ídolos por entonces eran un par de gemelos músicos, mediáticos, con quienes se acompañó con fanatismo extremo durante estos años de travesía adolescente.

Su sensación de extravío se manifiesta también en sus vínculos sociales, donde plantea dificultades de arraigar en un “entre amigos”. Migra sin poder afianzar lazos consistentes.

Imagen IV



“Obvio que en mi fiesta de egresados voy a estar con todos. Le doy a casi todos y con el grupete de las chicas, si pinta, obvio que también”, “Ahí la rompemos, con quién quieras vas al frente.”

Apelan a recursos protésicos que refuerzan su sensorialidad. El alcohol es el combustible adicional para relajar la censura y desinhibirse. ¡Pero ya no alcanza! El uso de marihuana en esa búsqueda de vuelo y plus de placer resulta hoy algo casi natural. El uso de drogas sintéticas, pastillas que energizan y potencian la resistencia para bailar la noche entera en una fiesta electrónica, se ha incrementado también.

El manifiesto es claro, explícito y concreto. Con sus actos, los jovencitos cuestionan prejuicios, convenciones y estereotipos de época. Sin libreto prefijado ni elecciones de género disyuntivas e inamovibles, los adolescentes migran errantes por una multiplicidad de variantes en relación a los encuentros sexuales.

Quedaron muy atrás los tiempos en que la sexualidad se organizaba al servicio de las relaciones reproductivas. Hoy podemos aventurar también que las experiencias iniciáticas de la sexualidad no están asociadas ineludiblemente a la experiencia amorosa. Afecto y sexualidad no necesariamente andan juntos. Se han desenlazado, despegado del ideal romántico de la modernidad; palpitan y cobran sentido en la inmanencia del encuentro.

Durante el primer tramo adolescente, las experiencias pasionales son efímeras, fugaces, es decir, son comportamientos más afines a la “lógica conectiva”, de hacer contacto con otro sin expectativas de armar un vínculo con continuidad en el tiempo. Incluso, tienen un sesgo grupal y público en tanto dentro de un mismo colectivo van rotando los protagonistas que se aparean ocasionalmente, previo consentimiento de los miembros del grupo que ya pasaron por la experiencia. Aun así, en la vida social adolescente conviven la actitud desprejuiciada con cuestionamientos de aquello que ellos mismos reivindican: “Ayer fue cualquiera, – reflexiona Lucía – J. se cogió a tres en la fiesta de Halloween, con media hora de diferencia, y una era H. que es la ex de su mejor amigo con el que acaba de cortar”.

En un trabajo anterior referido a las itinerancias en las sexualidades adolescentes sugerí que es la mirada adulta la que califica de precoz la sexualidad adolescente. La metamorfosis puberal ocurre en una “zona de frontera” en la que aún irrumpen aspectos polimorfos de la sexualidad infantil.

La hipótesis allí planteada era que el perfil que presentan las adolescentes en la actualidad es el de un pseudo-desprendimiento de la dependencia adulta, un “como sí”. La serie de excitaciones y la satisfacción no están asociadas en este momento vital al encuentro genital con un otro. Son torpes en su trato, en sus búsquedas, y les cuesta regular o dosificar intensidades. Las fallas en la represión se expresan en su accionar. Ciertos baluartes que ostentan y naturalizan entre sus hábitos como, por ejemplo, el

1 Coincidiendo con la finalización de la vida escolar, los festejos habilitan y estimulan a quienes se gradúan a tener durante esa noche encuentros eróticos (“chapar”, “transar”) sin más restricciones que las que en ese momento deseen. La idea es que saldan así los “pendientes” de los años compartidos en el grupo.

acercamiento sin filtro a la sexualidad son, curiosamente, comportamientos propios de la infancia. La exploración del cuerpo, el tocarse, el posar y desfilarse frente al espejo arman la coreografía con la que se baila la sexualidad infantil, aquella que Freud definía como disposición perverso polimorfa (Mauer, 2013).

Reflexiones finales

Creer en una época en la que prevalece la diversidad de combinatorias de acercamiento a la iniciación sexual alteró los modos de contactarse sensualmente entre ellos. Enfatizan y hasta ostentan la inédita posibilidad de no necesitar fijar una única posición de género. Y, con frecuencia, van probando, por tanteos, explorando con naturalidad variantes sin necesidad de enrolarse a priori en ninguna. Como si los adolescentes, con sus experiencias sexuales, buscaran hoy “deshacer el género”, parafraseando a Judith Butler.

Se empeñan en tomar distancia de las categorías clásicas masculino-femenino, activo-pasivo, homo-hétero, tratando de esquivar las opciones consagradas. M. Blanchot (1996/1969) en la “escritura de lo neutro” plantea que lo neutro es un modo de alojar lo desconocido inalcanzable, sin confinarlo a lo conocido. Tal vez lo neutro crea una astucia para aprender a desconocer lo conocido, y en ese sentido es que lo neutro, esa pasión del “ni”, atrae especialmente a los más jóvenes.

La variación trae también paradojas que mueven de lugar nuestras propias conceptualizaciones. Hoy, agregaría una nueva hipótesis: el cuerpo adolescente, quizás, encarnó en el último tiempo ese efecto de desarraigo producto de una ruptura de la comunidad social (Méndez, 2014). El sentimiento de ausencia de sentidos colectivos podría haber incidido en la fetichización del escenario corporal que tanto nos impacta y muchas veces preocupa de los adolescentes. En esta dirección, paradójicamente, el despertar de la lucha femenina contra la violencia de género ha convocado la atención y la participación comprometida de las adolescentes. Una posición activa en la defensa de las mujeres de sus propios cuerpos, las está ayudando a tomar conciencia del valor del cuidado de sí. Y, por otra parte, este terremoto ha sacudido significativamente a los varones en sus comportamientos machistas, propios de una cultura que los ha auspiciado impunemente.

Las voces se comienzan a escuchar, se comienzan a sumar. Con compromiso solidario, formando parte de un colectivo de mujeres que clama en definitiva por los derechos humanos, los adolescentes se sumaron al repudio social. “¿Hasta dónde puede un cuerpo?” tomó protagonismo como lucha contra el maltrato, el atropello y el descuido, tanto del otro como del propio cuerpo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BLANCHOT, M. **El diálogo inconcluso**. Venezuela: Monte Ávila Editores, 1996 (Original de 1969).

BUTLER, J. **Deshacer el Género**. España: Paidós, 2006.

MAUER, S. K. de. Sexualidades itinerantes en la adolescencia. **Controversias en Psicoanálisis de Niños y Adolescentes**, n. 14, 2014.

MAUER, S. K. de; MAY, N. Cortarse sólo: acerca de las autolesiones en la piel. **Revista Controversias on line**, n. 16, 2015.

MÉNDEZ, M. L. **Procesos de subjetivación**. Ensayos entre Antropología y Educación. Entre Ríos: Fundación La Hendija, 2014.

SIMONDON, G. Los niveles sucesivos de individuación: vital, psíquico, transindividual. In: **La individuación a la luz de las nociones de forma y de información**. Buenos Aires: Editora Cactus, 2009.

RESUMEN

Propongo algunas reflexiones surgidas de la práctica clínica psicoanalítica focalizando cómo se vehiculiza el contacto con los cuerpos y cómo viven la sexualidad entre adolescentes. ¿Cómo se vinculan? ¿Cómo se exponen? ¿Cómo se somatizan? Los espejos de hoy son, sobre todo, las representaciones que circulan por las redes sociales. Conquistar visibilidad exhibiendo para ser sostenido por la mirada del otro, es actualmente condición de existencia. Cuerpos producidos, manipulados, exhibidos buscando reconocimiento son algunos de los imperativos predominantes desde la pubertad. Planteo una nueva hipótesis: el cuerpo adolescente, quizás, encarnó en el último tiempo ese efecto de desarraigo producto de una ruptura de la comunidad social. El sentimiento de ausencia de sentidos colectivos podría haber incidido en la fetichización del escenario corporal que tanto nos impacta y muchas veces preocupa de los adolescentes. En esta dirección, paradójicamente, el despertar de la lucha femenina contra la violencia de género ha convocado la atención y la participación comprometida de las adolescentes.

Palabras clave: adolescencia, *self cutting syndrome*, anorexia, automutilación, sexualidad adolescente.

ABSTRACT

I set forth to make a few considerations, which emerge from psychoanalytic clinical practice, on how physical contact occurs and how adolescents experience sexuality. How do they bond? How do they expose themselves? How do they somatize? Today's mirrors are, above all, the representations circulating through social media. Conquering visibility and exposing oneself in order to be validated by the gaze of others is a contemporary condition of existence. Bodies that are produced, manipulated, exhibited, and seek recognition are some of the imperatives prevalent since puberty. I suggest a new hypothesis: the adolescent body has, perhaps, lately incarnated this uprooting as a product of a rupture in the social community. The feeling of lack of collective meaning could have precipitated the fetishism of the body that impacts us and worries teenagers so much of the time. Still, paradoxically, the awakening of the female struggle against gender violence has been summoning the attention and committed participation of teens.

Keywords: adolescence, self-cutting syndrome, anorexia, self-harm, adolescent sexuality.

FECHA DE RECEPCIÓN: 09/11/2018

FECHA DE APROBACIÓN: 31/01/2019



Susana Kuras Mauer

Licenciada en Psicología por la Universidad de Buenos Aires (UBA), Argentina. Miembro titular en Función Didáctica y especialista en Niñez y Adolescencia de la Asociación Psicoanalítica Internacional y de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires (APdeBA). Profesora Titular de la Maestría de Pareja y Familia del Instituto Universitario de Salud Mental – IUSAM, Argentina.

E-mail: susimauer@gmail.com